

Argentina y la nueva globalización: Argumentos para una inserción internacional exitosa

ROSARIO ZABALA GALLARDO¹

El avance de los países emergentes, los resabios de una crisis internacional que aún tiene a maltraer a las economías desarrolladas y el giro hacia el Asia-Pacífico como centro de poder económico global, no denotan tanto el fin de la hegemonía de los Estados Unidos como el carácter dinámico de las relaciones internacionales.

Frente a tales circunstancias, el modo de vincularse con el resto de las economías supone para Argentina uno de los principales interrogantes. Sumado a ello, las visitas de los presidentes de China y Rusia a nuestro país confirman el reconocimiento de que a la integración regional se suma ahora un abanico más amplio de alianzas.

En este sentido, la inserción internacional de la Argentina se debate entre un regionalismo marcado por la noción de la Patria Grande (hoy por hoy, desgarrada ante las crecientes dificultades económicas de los gobiernos latinoamericanos) y las nuevas ecuaciones económicas con China y Rusia que asimismo suponen complejas traducciones políticas.

En el primero de los casos, los problemas que actualmente atraviesan países como Venezuela y Argentina abren la puerta a la discu-

¹ Licenciada en Relaciones Internacionales (UES21).

sión acerca del ocaso del populismo latinoamericano en tanto fórmula basada en la bonanza exportadora.

Históricamente, los elevados precios de las materias primas y la creciente demanda de estas últimas permitieron que aquellos más beneficiados por la lotería de los commodities pudiesen sustentarse políticamente en la redistribución de las riquezas y el bienestar de las mayorías.

Asimismo el mantenimiento de dicha lógica supone, como principal base material y de manera primordial, el contar con un nivel de riqueza sostenida. No obstante en la realidad, las estructuras productivas de los países latinoamericanos no alcanzan para reponer la riqueza cuya distribución se proclama.

El gobierno de Nicolás Maduro, en primer lugar, se revela cada vez más improvisado de cara a un descontento político y social que crece con el deterioro de la economía y el desabastecimiento de productos. El "representante autorizado" del presidente póstumo Hugo Chávez no ha sabido hacer frente de manera eficiente a los desafíos que supone una economía con la mayor inflación latinoamericana, según datos oficiales, una industria deprimida, ciclos de escasez y una deuda pública que supera el 50% del PIB.

Sumado a ello, las anteriores cuestiones lo han conducido a tener que revisar el manejo de los recursos por parte de la estatal Petróleos de Venezuela (PDVSA), caja grande y chica del Estado venezolano y representante de más del 90% de sus ingresos. Entretanto, el oficialismo chavista se ocupa de ventilar en público los conflictos internos entre sus respectivas alas cívico-militares.

Por su parte, las proclamas nacionalistas y anti globalizadoras de Rafael Correa en Ecuador y Evo Morales en Bolivia se ven contradichas por la profundización de la vulnerabilidad y dependencia de sus economías con respecto al exterior. Ante tales circunstancias, las condiciones internacionales antedichas (elevación de los precios de las materias primas y creciente demanda de tales productos) no son por sí mismas suficientes como para ocultar los desarreglos que habitan en sus respectivos aparatos administrativos o incluso los despilfarros efectuados en torno al gasto público.

Asimismo la presidenta de Brasil, Dilma Roussef, enfrenta una situación que es tanto similar como diferente a la de sus colegas del Mercosur. Allí, el malestar se siente en el aire. Mientras que la rápida recuperación de Brasil luego de la crisis financiera de 2008 posicionó al país como uno de los "mejores alumnos" de los mercados financieros internacionales, el débil crecimiento experimentado desde entonces impide el cumplimiento de las promesas previas.

De tal modo, la ansiedad generada en torno a la economía ha comenzado a resonar en el mundo político haciendo trastabillar los resultados de unas próximas elecciones que-al día de la fecha- ya no parecen estar tan resueltas como se suponía a favor de Roussef.

A esta coyuntura regional, se sumó en el último tiempo una urgencia argentina. Cuando el país se encaminaba a cerrar el último capítulo de la reestructuración de su deuda externa, el sistema financiero tutelado por Estados Unidos y Europa volvió a mostrar su cara más áspera. Aún después de una serie de gestos contundentes (como el pago al Club de París, el arreglo con Repsol, o incluso la reforma del Indec), Argentina fue conducida hacia el apriete de un default técnico.

Lo anterior, en el marco de una estructura financiera (y política) global cuya crisis aparente ha terminado por permitir que quien finalmente patee el tablero sea el jugador más poderoso y no el más débil. Argentina puede entonces argumentar que intentó durante estos años seguir las reglas del juego, "volver al mundo" pagando lo que éste le pedía y, casi al final del camino, descubre que todo ese esfuerzo puede no ser suficiente.

Así las cosas, la integración con países hermanos que se encuentran afrontando las mismas dificultades debilita, aún más, la idea de un regionalismo que no obstante los esfuerzos depositados en pos de la ampliación de la agenda hacia otras áreas (políticas y sociales) y la constante creación de nuevas iniciativas, no ha logrado disminuir la brecha entre el discurso y los hechos.

En adición a tales complicaciones, la integración regional enfrenta hoy importantes factores de dispersión.

En primer lugar, cabe admitir que entre los socios regionales las decisiones no son precisamente tomadas en conjunto. Dado que la integración simboliza nada más (y nada menos) que un pequeño subconjunto dentro del ámbito de la cooperación, que se define por la decisión voluntaria de tres o más Estados de ceder parte de su soberanía puede afirmarse que, en la práctica, la tan aludida integración latinoamericana no comporta un verdadero cese de la soberanía si por la misma se entiende a la renuncia al derecho de decidir solo. Las políticas exteriores, de desarrollo y defensa de los países latinoamericanos continúan formulándose en términos de un Estado-Nación, no un Estado- Región.

En segundo lugar, y a consecuencia de lo anterior, la integración regional ha sido en cierto modo utilizada, antes que como un elemento de fusión, como un elemento de refuerzo de la soberanía nacional por parte de aquellos países que pretenden ocupar un papel de liderazgo en la región.

En este sentido, un mecanismo como la UNASUR simboliza un invento brasileño, originalmente pensado para dejar fuera de la carrera a su competidor mexicano y así continuar avanzado en su consolidación como el hegemón del barrio. Entretanto, la Organización de Estados Americanos (OEA) se encuentra, de hecho, manejada por Venezuela con el respaldo de los países que componen el usualmente denominado Petrocaribe.

De cara al panorama descrito, la búsqueda de socios externos que contribuyan a mitigar las falencias no puede más que simbolizar el siguiente – y más lógico- escalón, luego de casi una década de integración vecinal endógena. Si, sumado a ello, nuestro país se encuentra con jugadores de mayor peso que prometen un mejor trato, el incentivo para cambiar de amistades se torna evidente.

En este sentido para la Argentina (y también para la región), los cambios globales parecen ser favorables a nuestras necesidades. La crisis financiera de 2008, de la cual Estados Unidos aún se está recuperando y en la que Europa continúa empantanada, agilizó aún más la (re?)emergencia de otros motores productivos y comerciales, como son los casos de China y Rusia.

En relación al primero de ellos, los vínculos estrechados por el “gigante asiático” con los países de la región continúan despertando opi-

niones encontradas al respecto de cuán malignos o beneficiosos pueden resultar para nuestra inserción estratégica a nivel mundial.

En el caso de la Argentina, la relación bilateral entablada con China prosigue una trayectoria común a la del resto de los países de la subregión latinoamericana, en la que el comercio se constituye como el eje central a razón de la tasa de expansión de la economía del país asiático. Sumado a ello, sería difícil imaginar una recuperación argentina tan rápida como aquella posterior a la de la crisis de 2001, sin considerar el papel desenvuelto por China en el marco de nuestro comercio exterior.

Ahora bien, el vaso medio vacío de esta relación se deriva –nada más y nada menos– que de la naturaleza esencialmente deficitaria de los vínculos comerciales. No obstante la demanda china de nuestras materias primas supone un claro beneficio (directo, en el caso de que China nos comprase tales productos, o indirecto, en caso de que generase un incremento en los precios de los commodities), Argentina continúa repitiendo el mismo patrón tradicional de proveedor de materias primas carentes de valor agregado e importador de manufacturas, con la salvedad de que el avance hacia la fabricación industrial de nuestros productos nos posicionaría como competidores de China cuasi automáticamente.

De tal manera, pese al crecimiento exponencial del intercambio en los últimos 20 años (saltó de 1.000 millones a 15.000 millones de dólares), la alarma se enciende no sólo por el obvio desbalance entre una canasta de exportación argentina casi monopolizada por la soja y la importación de diversos productos manufacturados chinos, sino porque desde 2008 la balanza final es negativa para nuestro país.

Por su parte, la cooperación entre Rusia y América Latina ha aumentado de manera significativa en los últimos tiempos. Entre 2004 y 2012, el comercio entre las dos partes triplicó su valor, pasando de los 5.800 millones a los 16.400 millones de dólares.

Este nivel de comercio – que tiene a nuestro país como uno de los principales socios de Rusia en la región- cubre un amplio rango de sectores económicos, como la alta tecnología, la metalurgia no ferrosa, la biotecnología y el procesamiento de materias primas agrícolas. No obstante, pareciese que en términos económicos el capital ruso se encuentra más interesado en el sector energético, entretanto las grandes empresas estatales rusas como Gazprom, Lukoil y Rusal continúan ganando impulso con sus socios latinoamericanos.

Particularmente en el caso de la Argentina, las reservas de Vaca Muerta, sedientas de inversiones, bien pueden constituirse como un terreno fértil para que los rusos (dueños de la petrolera estatal más grande del mundo) desembarquen junto con otras compañías internacionales. Asimismo la energía atómica, una de las rarezas argentinas que nos ubica en el pequeño club de países con potencial nuclear, es también un punto de encuentro importante dado el nivel de intercambio científico y técnico que se puede desarrollar.

En definitiva, la estrategia argentina del “cambio de amistades” tiene la cara de un matrimonio muy desigual como el sostenido con China, en el que nuestro país está limitado a ser un mero proveedor de materias primas y receptor de productos manufacturados, mientras que en el caso de Rusia queda todavía por ver si los crecientes vínculos militares y técnicos terminan por desembocar en unas relaciones económicas menos modestas y más profundas.

Realizado el anterior diagnóstico acerca de las presentes alternativas (un regionalismo modesto y sin una consolidada capacidad de negociación y el intercambio de figurines con los –hoy por hoy- más serios competidores de la hegemonía estadounidense) resulta menester preguntarse cuáles son aquellos factores a tener en cuenta al momento de pensar estratégicamente nuestra vinculación con el mundo.

En este sentido, al estar atravesando sus propios procesos internos con posterioridad a la crisis financiera del 2008, queda claro que ni Estados Unidos ni Europa incluyen hoy decididamente la subregión latinoamericana en sus cálculos económico-políticos.

Entretanto China y otras economías asiáticas demuestran que una convergencia de ingresos con las economías industrializadas es posible, mediante la dotación de una mayor consistencia a su base productiva y tecnológica que, asimismo, les ha posibilitado la exportación de ciertas manufacturas y la oferta de servicios de creciente complejidad.

Sumado al creciente peso de China y los países emergentes en la economía mundial, el dominio del campo tecnológico se posiciona como uno de los factores que bien podría ocasionar una suba o baja de posiciones en el ranking mundial de los países. Esto es así, dado el papel central que ocupa la innovación en la generalidad de las estructuras productivas (en términos de logística, transporte, seguridad, trazabilidad y, por ende, de comercio internacional) como así también, en tanto eje articulador de la generalidad de las políticas orientadas a mejorar la competitividad; de allí, la importancia de que aquellos sectores más vinculados a los recursos naturales o al trabajo de bajo nivel de calificación lleven a cabo esfuerzos

significativos para incorporar más conocimiento, tecnología e innovación en sus procesos productivos.

Por otra parte, una importante fracción del comercio y de la producción mundial actual es ejecutada dentro de las llamadas cadenas de valor, al interior de las cuales, las actividades- que contemplan desde la investigación y el desarrollo hasta cuestiones relativas a la conformación del producto- se realizan en varios países. En consecuencia, antes que especializarse en la producción total de ciertos bienes y servicios, sus miembros terminan por especializarse en determinadas tareas o segmentos del proceso productivo.

Asimismo, dado que al interior de tales eslabonamientos el comercio es especialmente sensible a los costos derivados de la distancia, las principales cadenas se constituyen en torno a una dimensión regional. De este modo, es posible identificar tres grandes redes de producción en el mundo: la fábrica Europa (centrada en Alemania), la fábrica América del Norte (centrada en Estados Unidos) y la fábrica Asia (originalmente centrada en Japón y, más recientemente, en China).

Finalmente, y en adición a tales dinámicas, se han sumado aquellas iniciativas conocidas como megaregionales que buscan armonizar o al menos compatibilizar las reglas con las que operan las distintas fábricas mundiales, aunque también pueden ser interpretadas como una respuesta de las economías industrializadas al creciente peso de las economías emergentes en la producción y el comercio mundial.

Ante una realidad internacional como la descrita, los tradicionales enfoques centro-periferia requieren ser aggiornados dado que han pasado a ser dos las categorías de economías que hoy coexisten al

interior de la "periferia": una primera categoría, que corresponde a las economías insertas en el comercio interindustrial, que presentan serios déficits de innovación y dinámicas tecnológicas y una segunda categoría, correspondiente a aquellas economías, principalmente asiáticas, que se caracterizan por ser más innovadoras, por tener una mayor densidad industrial, fuertes vínculos de comercio intraindustrial y por disputar espacios competitivos en los sectores de tecnología avanzadas.

Para las economías pequeñas y medianas como la nuestra, alejadas de los centros dinámicos de comercio mundial, el desafío de avanzar hacia "la mejor de las periferias" consiste en construir elementos diferenciadores allí donde seamos más fuertes, en este caso, el sector de las materias primas, más allá de la abundante dotación de recursos naturales o los bajos costos laborales.

¿Pero cómo lograrlo?

A este respecto, en un mundo en el que la posesión de la tecnología de la información y de las comunicaciones se constituye como aquel factor que bien podría determinar la mayor o menor adquisición de poder por un país, aprender a dominar nuevas tecnologías constituye el núcleo del proceso de crecimiento. En este sentido, la incorporación en la dinámica de las cadenas de valor posibilita el acceso a nuevas tecnologías y habilidades empresariales, a la vez que permite alcanzar incrementos de productividad, mejorando la calidad de los empleos y de los salarios.

Participar de las cadenas mundiales de valor reduce el número de capacidades iniciales necesarias para empezar a participar en el negocio y permiten una acumulación más progresiva de las capaci-

dades productivas, promoviendo asimismo el incremento de la fracción de valor agregado generado localmente, así como también, el ascenso en la jerarquía de las cadenas desde las actividades más simples a otras de mayor complejidad.

Sin embargo, dicho proceso no es para nada sencillo ni espontáneo. Al igual que en un juego de scrabble las palabras se forman uniendo letras, los bienes y servicios se producen uniendo capacidades productivas, siendo los países que tienen una mayor variedad de capacidades aquellos que pueden producir bienes y servicios más diversos y complejos.

En el caso de los países de la subregión latinoamericana, el actual contexto económico mundial – marcado por el desplazamiento de la riqueza hacia los países emergentes- dificulta los avances de América Latina en términos de transformación estructural dado que incentiva una especialización comercial en sectores primarios que no ha favorecido la acumulación de capacidades productivas en la región.

Parece haber llegado, entonces, el momento de reflexionar con mayor profundidad acerca de la calidad de nuestra inserción internacional y el rol que, dentro de ella, puede cumplir la integración regional. Lo anterior, dado que para la gran mayoría de los países de la región el comercio intrarregional posee características que lo hacen cualitativamente superior a las exportaciones dirigidas a otros mercados.

En efecto, el mercado latinoamericano resulta el más propicio para la diversificación de las exportaciones ya que no sólo absorbe el mayor número de productos exportados sino que, además, repre-

senta el principal receptor de las exportaciones de media y alta tecnología para la mayoría de los países de la región.

Así las cosas, y de cara a un contexto en que la economía mundial pareciese estructurarse de manera creciente en torno a macrorregiones, la importancia del mercado regional para las exportaciones industriales empuja a los países de la región latinoamericana a profundizar su propio proceso de integración, como una herramienta de mejora para su inserción internacional.

Pensar una estrategia de internacionalización exitosa supone entonces admitir que el mejor o peor posicionamiento de la Argentina de cara a "la nueva globalización" dependerá de un proceso de transformación productiva que, lejos de poder efectuarse de manera aislada, deberá ser llevado a cabo por medio de la inserción en la dinámica de las cadenas globales de valor y que, para lograr dicho objetivo, resulta necesario reconocer que las posibilidades más inmediatas de insertarse en aquella dinámica están radicadas en el propio mercado regional.

Deberán por tanto implementarse acciones concretas que incorporen estos objetivos y sean asimismo capaces de establecer un entorno propicio para una mayor integración e interdependencia con el resto de las economías de la región.